

conciliar el catolicismo con la libertad. No hay nación católica que no haya tenido su revolución; hay más, parece que la revolución se ha establecido de una manera permanente en el seno de los Estados ortodoxos. La Francia católica tiene su revolución cada diez años; la muy católica España la tiene cada ocho días, al paso que la protestante Inglaterra presencia tranquila y en calma todas las tempestades. ¿Preguntaremos á los revolucionarios católicos de dónde sacan su derecho á la rebelión? ¿Será del Evangelio? El Evangelio es hoy lo que era en el siglo XVII, lo que era en el siglo primero. Luego se forjan un nuevo Evangelio. Mejor dicho, los que aman sinceramente la libertad, han dejado por este mero hecho de ser católicos. El verdadero catolicismo es el del siglo XVII, porque tiene de su parte á la Sagrada Escritura y á la tradición. Léjos de ser la religión de la libertad, es la religión de la servidumbre.

La palabra es dura, pero verdadera. ¿Enseña libertad la Iglesia galicana en la declaración que acabamos de analizar? Predica á los reyes que les está permitido hacerlo todo, hollar las leyes, la moral y hasta la religión, sin tener que dar cuenta de sus crímenes. Predica á los pueblos que deben obedecer á sus príncipes por criminales que sean. Los reyes utilizaron aquella enseñanza. ¿A quién se debe, pues, la *monarquía cristiana*, en la que figuran en primera línea el despótico Luis XIV y el crapuloso Luis XV? A la Iglesia. Los pueblos acabaron por cansarse de la obediencia pasiva que les imponían los cardenales, los arzobispos, los obispos y los abates. El despotismo de Luis XIV, la crápula de Luis XV precipitaron la Revolución; los excesos del absolutismo real, las doctrinas de derecho divino de la monarquía cristiana, motivaron los excesos de 1789 y 1793. Esta es la participación que corresponde á la Iglesia en una revolución que inauguró la era de la libertad.

N.º 2. — La Iglesia y Luis XIV.

I.

Hemos oído á los predicadores de derecho divino. Su discípulo entra en escena. Se llama Luis XIV, es un rey piadoso; el cate-

cismo constituye casi toda su ciencia. Si, pues, es déspota, no será por culpa de la filosofía. El mismo ha cuidado de decirnos cuál es la autoridad en que funda su despotismo. En las *Instrucciones* que dió al Delfín, dice que los reyes ejercen una función completamente divina. Luis XIV se cree muy sinceramente imagen de la Divinidad; dice con gran ingenuidad que ocupa el lugar de Dios. En sus obras reproduce casi textualmente la doctrina que profesó el clero en tiempo de Richelieu, en nombre de la Sagrada Escritura, en nombre de Jesucristo. Oigamos al rey cristianísimo:

«Aquel que ha dado reyes á los hombres ha querido que fuesen respetados como sus *lugartenientes*, reservándose exclusivamente el derecho de examinar su conducta. Su voluntad es que el que ha nacido súbdito obedezca sin discernimiento. Y esta ley tan expresa, tan universal, no ha sido hecha solamente á favor de los príncipes, sino que es saludable hasta para los pueblos á quienes se impone, y que no pueden violarla nunca sin exponerse á males mucho más terribles que los que pretenden evitar. No hay máxima más recomendada por el cristianismo que esta humilde sumisión de los súbditos á sus príncipes; y, en efecto, los que dirijan una mirada á los tiempos pasados reconocerán fácilmente cuán raras han sido despues de la venida de Jesucristo esas funestas revoluciones de Estados que tan frecuentes eran en tiempos del paganismo» (1).

¿No parece que Jesucristo ha venido á predicar el derecho divino de los reyes? Es decir, que la *buena nueva* ha sido, no el anuncio del reino de los cielos, sino la predicación del despotismo. Y á contar desde el Evangelio, la tiranía real sería irremediable. ¿No está fundada en una autoridad divina? Y lo que llamamos tiranía, ¿no es conveniente hasta para los súbditos, como la esclavitud lo es para los esclavos? Cuando hablamos de tiranía empleamos la palabra propia. ¿Cuál es el carácter distintivo del funesto gobierno que ha sido condenado con el nombre de despotismo oriental? Que no deja á los súbditos ni nombre de derecho. ¿No es éste el régimen de Luis XIV? ¿Quién le enseñó aquella máxima: *el Estado soy yo*? Luis XIV, según dicen, tenía algún escrúpulo acerca de si era propietario de los bienes de sus súbditos, y si podía dispo-

(1) Luis XIV, *Obras*, t. II, p. 335.

ner de ellos según su voluntad. ¿Quién calmó sus escrúpulos? Su confesor jesuita. « La Tellier, habiendo consultado á los casuistas de su Compañía, aseguró á su penitente que era el verdadero propietario, el dueño de todos los bienes de todo el reino » (1).

No hay locura despótica que el clero no haya estimulado, fomentado, cultivado en Luis XIV. El gran rey era el más vano de los hombres. Su educación fué tan descuidada, que no se debe extrañar que no supiera nada de nada. Pero era *dios y participaba del conocimiento divino*. Esto le servía de ciencia. Hoy se cree que los Colbert, los Louvois son los que han hecho la grandeza del rey. ¡Error! Luis XIV dice: « No son los buenos consejeros los que dan prudencia al príncipe, sino que la prudencia del príncipe forma buenos ministros y produce todos los buenos consejos que se le dan » (2). Fatuidad de déspota, se dirá. Sí; pero ¿quién le ha enseñado *que participaba del conocimiento de Dios á la vez que de su autoridad*? El clero se lo había dicho á Luis XIII; y repitió á Luis XIV esta lección de humildad.

En 1665 los cardenales, los arzobispos, los obispos y los abates se congregaron en París. Dirigen *representaciones* al joven rey; serán sin duda lecciones de moral; buena falta le hacían al monarca *de las tres reinas*! Escuchemos al orador sagrado, que habla al rey cristianísimo en nombre de la Iglesia galicana: « Con profunda sumisión y con respetuosa confianza se acerca el clero de Francia á vuestro trono, para reconocer en la persona de Vuestra Majestad el mayor rey de la tierra, el invencible monarca que Dios ha hecho nacer para nuestra felicidad, el único árbitro de todos los soberanos. Vuestras nobles acciones y vuestra prudente conducta os distinguen tanto sobre los demás reyes, como vuestro nacimiento del resto de los hombres. » Cortesía francesa, dirá algún apolo-gista del catolicismo. Si se dijese *servilismo episcopal*, sería más exacto. No basta esto; el incienso que los altos prelados prodigaban al joven rey era un veneno. Los obispos no eran cortesanos vulgares; hablaban en nombre del Evangelio, en nombre de Je-

(1) DUCLOS, *Memorias* (en la colección de PETITOT, 2.ª serie, t. LXXVI, página 61).

(2) Véanse las pruebas en el tomo IX de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

sucristo. El orador continúa sus *representaciones*, comparando hábilmente á Luis XIV con Dios:

« Dios recibe con agrado las muestras de vuestra gratitud, aunque éstas no añadan nada á su grandeza. *De esta manera, y con este mismo espíritu el clero de Francia se dirige hoy á Vuestra Majestad para darle muestras públicas de su reconocimiento...* Puesto que Dios hace tantos milagros para convertirnos en la obra maestra de sus manos, el amor de vuestros pueblos, el terror de vuestros enemigos, la gloria de los soberanos, y la felicidad de vuestro siglo, *esperamos que secundaréis todos sus designios, como él ha secundado los vuestros* » (1).

Luis XIV tomó en serio éstas increíbles adulaciones. Llegó á creer que si Colbert administraba bien la hacienda, y si Racine tenía genio, se lo debían á él. Es el orgullo que raya en locura. Se ha acriminado por esto al gran rey. Seamos justos: no se debe acusar al desdichado, envenenado por la lisonja episcopal, sino á los envenenadores sagrados que lo embriagaron con sus adulaciones. En 1666 el clero de Francia se reúne nuevamente. Da una nueva lección de moral á Luis XIV: « Tenemos la felicidad de tratar con un príncipe de *tan grande y sublime talento, que despierta la inteligencia de sus ministros y les inspira los más prudentes consejos*; que domina á todo el mundo, no menos por el mérito de su persona, *que le hace el hombre más perfecto de su siglo*, que por el derecho de sucesión natural que le ha hecho ser por nacimiento el más gran rey del mundo. En fin, tratamos con un príncipe, *cuya alma se halla enriquecida con tantas excelentes cualidades como serían necesarias para dar soberanos perfectos á todas las monarquías del universo* » (2). Si Luis XIV tiene todas estas cualidades, es más que hombre, participa realmente del conocimiento de Dios y de su perfección. Se lee en el informe de la comisión nombrada por la Asamblea de 1682 para examinar las famosas proposiciones del clero galicano: « La cualidad de rey imprime en nuestros ánimos la idea de una grandeza tan elevada

(1) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 709.

(2) *Ibid.*, t. XIII, p. 747.

sobre los demás hombres, que miramos á los que la poseen casi como si formasen una especie separada» (1).

Hoy hay quejas contra el despotismo; hoy se le acusa de todos los males que han abrumado al género humano. ¡Somos ciegos é ingratos! Si nos gobernase el mismo Dios, ¿tendríamos derecho de quejarnos? ¿No seríamos los más felices de los seres? Pues bien, los reyes son dioses. ¿Qué más podía desear la Francia, cuando tenía la felicidad de ser dirigida por un rey-dios? ¿Dudáis de su felicidad? Escuchad al clero galicano: «*La mayor felicidad de los pueblos es vivir bajo el reinado de reyes tan piadosos y tan justos como lo sois vos. Nunca ha encontrado la Iglesia de Francia una semejanza más feliz que en Vuestra Majestad con el rey cuyo elogio cumplido hace el Espíritu Santo cuando asegura que los pueblos no se hartaban de verle sino que le admiraban, y que la tierra entera deseaba con ardor ver el resplandor de sus ojos y la Majestad de su rostro*» (2).

Hubo franceses ingratos que con peligro de su vida se escaparon del paraíso terrenal en que Luis XIV quería hacerlos felices contra su voluntad. ¿Qué diremos de la felicidad de millares de reformados que prefirieron el destierro con sus peligros y sus miserias al régimen del rey-dios? ¿Qué diremos de las dragonadas y de las leyes más espantosas aún que las violencias y las brutalidades de los soldados, leyes que compraban las conversiones ó las imponían por la fuerza? Según los nobles prelados que formaban la asamblea general del clero de Francia, todo esto es una ficción de los libres pensadores; más aún, una calumnia: «*Si los reformados se convierten consiste en que Luis atrae todos los corazones. Esos desgraciados han fijado sus miradas en Vuestra Majestad y el resplandor de vuestras virtudes los ha sorprendido; han tenido que rendirse á ese atractivo de la luz de que habla San Pablo*» (3). Esto se decía en 1675. Se hacía creer á un rey tan ignorante como vanidoso que veinte y cinco mil hugonotes se habían convertido por encanto, y este prodigio lo había realizado él, Luis XIV! ¿Podían

(1) *Actas de las asambleas generales del clero de Francia*, t. v, p. 491.

(2) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 758 y 859.

(3) *Ibid.*, t. XIII, p. 784.

creer en un milagro los mismos que compraban las conciencias? ¿Podían creer en una conversión sincera de las víctimas de su intolerancia los que fueron testigos, cómplices de las violencias? Sin embargo, en el año 1700 el clero de Francia, en medio de las bajas adulaciones que dirige á su rey, no encuentra, según dice, más que una alabanza que aplicarle, la de «*destructor de la herejía*» (1).

Destruir la herejía por medio de la corrupción, de la violencia legal, de las dragonadas, ¡ésta es indudablemente la libertad que el catolicismo ha dado al mundo moderno! Verdad es que la Francia entera aplaudió la odiosa persecución de los reformados. Esto es una excusa para Luis XIV. ¿Excusa también al clero galicano? ¿Pues quién vició las conciencias hasta el punto de que la nación no comprendiese lo que había de inicuo y criminal en emplear la fuerza bruta para establecer la unidad de la fe? El clero. ¿Quién difundió la funesta creencia de que la unidad de religión, la unidad absoluta, hace la felicidad de los Estados? El clero. ¿Quién enseñó que la herejía es un crimen porque rompe la unidad? El clero. Decimos que esta doctrina es funesta. Más funesta es todavía por la influencia que ejerció sobre los sentimientos é ideas del pueblo francés, que por las desgracias individuales que atrajo sobre los reformados. La Francia se empapó en la idea de que la unidad, la unidad absoluta, es una condición esencial de la felicidad de una nación. Este error extravió á la Convención, y puso la República á los pies de un conquistador. En este sentido puede muy bien decirse que la Iglesia fué el precursor de la Revolución. ¡Es un título que la honra!

La Francia fué también cómplice de Luis XIV, aplaudiendo sus guerras insensatas, hasta que llegó el día en que, exhausta y en el último trance, maldijo al monarca orgulloso que había derramado la sangre de sus súbditos para satisfacer su vanidad. Si alguna vez debe la Iglesia hacer oír su voz para decir la verdad á los príncipes, es seguramente cuando se entregan á la criminal ambición de las conquistas. El largo reinado de Luis XIV no fué más que una serie no interrumpida de guerras injustas, por no de-

(1) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 833.

cir piraterías. Cada cinco años, por lo ménos, los cardenales, los arzobispos, los obispos y los abates se reunían para votar subsidios; ofrecían dones voluntarios al mejor de los reyes para cubrir los gastos de sus ruinosas guerras. ¡Singular empleo daban al patrimonio de los pobres sus administradores! Pero sigamos y escuchemos las lecciones de moderación y de justicia que la Iglesia galicana daba á Luis XIV en aquellas solemnes ocasiones. La Iglesia de Francia cantaba las alabanzas del héroe invencible en una prosa pretenciosa, mientras Boileau lo hacía en malos versos. «Es un rey que excede en dulzura á David, en sabiduría á Salomón, en religión á Constantino, en valor á Alejandro, en poder á todos los Césares y á todos los reyes de la tierra; que, cual otro David, es el ornamento de los tiempos. Sí; tanto es el ornamento de todos los siglos, que todo el mundo debe confesar que no es posible hallar palabras para expresar sus grandes acciones y alabanzas para contar sus triunfos. Ya sabemos que los poetas han dado alas tanto á las palabras como á las victorias; pero preciso es confesar que las nuestras no pueden seguir el curso de las célebres acciones de nuestro príncipe y la rapidez de sus triunfos» (1).

Tales son las verdades que en 1682 se ocurría al clero de Francia decir á su rey. De este mismo año es un sermón de Fléchier, pronunciado en presencia de Luis XIV. Se rebajó también al papel de adulador, mejor diríamos, de corruptor; rivalizó en bajeza con los nobles obispos que se daban tono en las antesalas de Versalles. El gran orador dice delante del rey «que la bondad de Dios se anticipa á sus deseos y casi excede á sus esperanzas.» «La guerra hecha con buen éxito; la paz ventajosamente celebrada; la calma y el orden en vuestros Estados; la división y disturbios en los ajenos... El cielo se interesa por vuestra grandeza; las ligas formadas contra vos se rompen por sí mismas; la guerra se vuelve contra los que piensan en hacerla» (2). Era la época en que Luis XIV se entregaba á todos los abusos de la fuerza, y

(1) Asamblea del clero de 1682. Discurso del promotor. (*Actas de las asambleas generales del clero*, t. V, p. 376.)

(2) *Obras de FLÉCHIER, Sermón para el día de Todos los Santos*, t. III, 1.ª parte, p. 59.

¿qué encontró el orador sagrado digno de elogio en el gran rey? Que la justicia dirige todas sus acciones; por eso la tierra le admira y el cielo le protege: «Es tan poderoso, que la Europa entera, envidiosa y unida, no puede resistir á sus fuerzas ni á su valor; tan moderado, que ofrece con gusto la paz cuando es vencedor en la guerra» (1). Pasan algunos años, los más malos para la libertad de Europa. El rey cristianísimo, en su arrogancia, hace conquistas en plena paz, en virtud de decretos, despojando á amigos y enemigos. Fléchier pronunció un sermón en la apertura de los Estados de Languedoc. Ya la Francia estaba exhausta; la mayor parte de la población reducida á la mendicidad ó poco ménos; los hugonotes, perseguidos, huían de una patria que para ellos no era más que una prisión. La religión, se dirá, es un freno para los reyes. Veamos á este orador, digno de hacer oír la voz de la verdad: ¿qué dice? Alaba al rey «que destruye el vicio con sus leyes, y restablece la virtud con sus ejemplos; que modera sus pasiones, que prefiere sufrir una injusticia á cometerla; que hace la guerra por necesidad y la paz por moderación y por prudencia» (2).

No hay una sola guerra en tiempo de Luis XIV que pueda justificarse bajo el punto de vista de la moral; luego á los ojos de la religión todas eran crímenes. Sin embargo, en medio de una guerra desastrosa, encendida por el orgullo de familia, el clero se atrevió á decir á Luis XIV: «Léjos de adular á los reyes con la narración fastuosa, aunque verdadera, de sus acciones y de sus hazañas, es nuestro deber anunciarle con respeto y confianza el santo uso que debe hacer de ella.» ¿Quién no esperaría, después de este preámbulo, una reclamación, algún deseo piadoso, favorable á la paz, en alivio del pueblo que se hallaba en el último trance? El clero continúa: «No alabaremos, pues, en Vuestra Majestad sino lo que Dios mismo alaba, ese sincero deseo de la paz, esa escrupulosa atención de no tomar nunca las armas sino por necesidad» (3). Di-

(1) *Obras de FLÉCHIER, Sermón para el día de Todos los Santos de 1682*, t. III, 2.ª parte, p. 15.

(2) *Ibid.*, t. IV, 1.ª parte, p. 93.

(3) *Memorias del clero*, t. XIII, p. 875.

ráfese que el clero de Francia no recuerda su deber de decir la verdad á los reyes más que para hacer resaltar más las lisonjas con que incensaba á Luis XIV.

Tememos aburrir al lector y desagradarle; pero es necesario insistir sobre el papel miserable que desempeñó la Iglesia de Francia ante Luis XIV. Pronto vamos á oír á Bossuet ensalzar el antiguo régimen, y pretender que la religion es una valla que contiene á los príncipes y una garantía para los pueblos. Montesquieu repitió estas vulgaridades. Es necesario oponer á estas palabras la triste realidad, haciendo ver que la religion, la Iglesia al ménos que hablaba en nombre de la religion, se hacía cómplice de las malas pasiones que hubiera debido reprimir. En el año de 1700 la Asamblea general dirige al rey una arenga. Cita estas palabras de San Agustin: «que los príncipes verdaderamente grandes son los que reinan con justicia.» Esto era la condenacion, la sátira de las adulaciones que el clero prodigaba á Luis el Grande; sin embargo, el orador sagrado exclama: «¡Qué satisfaccion para nosotros reconocer en este admirable retrato los rasgos y el carácter de Vuestra Majestad!» Y ¿qué es lo que encuentran más digno de elogio en su príncipe los cardenales, los arzobispos, los obispos y los abades? «Quede para otros súbditos el daros las alabanzas que merecis; á nosotros nos toca llamaros el *pacífico*, el *padre de la patria*.» En punto á adulacion, esto puede pasar como un modelo acabado. Un rey que nunca hizo más que guerras de ambicion; ¡y la Iglesia de Francia tiene el atrevimiento de llamarle *pacífico*! Un rey tipo del egoismo real; un rey que arruinó la Francia y la redujo á la mendicidad, segun afirma Vauban; ¡y el clero se atreve á llamarle *padre de la patria*! Luis XIV acababa de terminar la gran guerra de Alemania, provocada por sus excesos y emprendida por una ambicion criminal. ¿Qué dice de esto la asamblea general del clero? Santifica aquella guerra odiosa: «Hay guerras entre las vuestras cuya memoria merece ser conservada en el libro de las guerras del Señor. ¿Quién podrá olvidar nunca lo que habeis hecho, ó más bien, lo que Dios ha hecho por medio de vos, en esta última guerra que la piedad solamente os ha hecho sostener?» La Europa tuvo el atrevimiento de resistir á un rey tan piadoso por el cual combate Dios. Defenderse contra la ambicion de Luis XIV es un crimen á

los ojos del clero: «Dios, dice, *castiga este crimen* con el azote del hambre, unido á los males de la guerra» (1).

Nunca deja de figurar Dios en los discursos de los obispos; no son ellos los que hablan, sino Dios quien habla por su boca. Esto realza el mérito de la adulacion, y prueba al mismo tiempo cómo el catolicismo es la religion de la verdad y de la libertad: «*El Dios de Clodoveo*, de Carlo-Magno y de San Luis, ha protegido al *augusto sucesor* de sus *virtudes* y de su valor, y parece que el cielo no ha permitido la union de tantas naciones conjuradas contra vos más que para dar más noble materia á vuestros triunfos.» ¡Si fuéramos á señalar todas las falsedades que encierran tan huecas palabras! ¡*Las virtudes* de Clodoveo! ¡*Virtudes* que consisten en *crímenes*, crímenes que todavía causan espanto á los historiadores al cabo de siglos! ¡San Luis comparado con aquel abominable merovingio, y Luis XIV comparado con el santo rey que, en lugar de hacer la guerra por ambicion, cedió provincias de Francia á Inglaterra por espíritu de caridad! Como se ve, no es de hoy la costumbre de los católicos de alterar la historia. Sigamos escuchando al orador sagrado que habla á Luis XIV en nombre de Dios:

«No ajustais el arte de reinar á los proyectos de una *ciega ambicion* ó de una *política segun la carne*, sino á las *máximas del Evangelio* y á los *sentimientos de vuestra conciencia*» (2). ¡Esto ya es demasiado! ¡Pase por la *conciencia* de Luis XIV! El clero la ilustra tan bien; que el piadoso rey no podia ménos de ser el modelo de un príncipe cristiano á la manera de la Iglesia. ¡Pero las *máximas del Evangelio*! Preciso será creer que los cardenales, arzobispos, obispos y abades no conocian el Evangelio más que de oídas. Si hubieran leído un solo renglon de él, ¿hubieran podido prostituir así la pureza del espiritualismo evangélico ante un príncipe que no hacía nada más que por su vanidad, orgullo y egoismo?

Si Dios dió la victoria á Luis XIV, tambien cambió sus triunfos en desastres en la larga guerra de sucesion. Luis XIV no la emprendió más que por vanidad de príncipe, para dar á su casa el

(1) *Actas de las asambleas generales del clero de Francia*, t. VI, p. 359.

(2) *Ibid.*, t. VI, p. 592.